

“Óyeme, mi oíme”:
Tamara Kamenszain.
La novela de la poesía.
Poesía reunida.
Prólogo de Enrique
Foffani. Buenos Aires:
Adriana Hidalgo,
2012, 406 pp.

Adriana Astutti

Profesora Adjunta de Literatura
Argentina en la Universidad
Nacional de Rosario, Argentina.
Es autora del libro *Andares clandestinos.*
Fábulas del menor en Osvaldo
Lamborghini, J.C. Onetti, Rubén
Darío, J.L. Borges, Silvina Ocampo y
Manuel Puig (2001) y compiló junto
con Nora Domínguez *Promesas de*
tinta. Diez ensayos sobre Norah Lange
(2009). Tuvo a su cuidado la edición
de la *Obra Completa* de Norah
Lange y tradujo libros del Inglés y
del Francés. Dirige el sello editorial
Beatriz Viterbo Editora.

¿Estás por ahí? Mi interlocutor me busca
quiere saber si hoy su teclado puede alcanzarme.

Tamara Kamenszain nació en Buenos Aires en 1947, donde reside. Ha recibido numerosos premios y becas (Municipal, Nacional, Guggheheim, Konex) y dictó cursos de poesía y teoría en universidades de Argentina y del extranjero. Sus libros han sido traducidos al inglés y al portugués y sus poemas han sido recogidos en antologías en lengua castellana y traducidos en otras al inglés, portugués, alemán y francés. Estuvo casada con el escritor Héctor Libertella, con quien tuvo dos hijos, y de quien se divorció. Juntos vivieron el exilio en México entre 1979 y 1983, durante la última dictadura militar en Argentina, para después regresar a Buenos Aires, donde vive actualmente. A partir de su primer libro de poemas, en 1973, Kamenszain alternó la publicación de libros de poesía y ensayo. *La novela de la poesía* [Adriana Hidalgo, 2012] recoge toda la poesía publicada hasta la fecha: *De este lado del Mediterráneo* [1973], *Los no* [1977], *La casa grande* (1986), *Vida de living* [1991], *Tango Bar* [1998], *El ghetto* [2003], *Solos y solas* [2005] y *El eco de mi madre* [2010], más un grupo de poemas inéditos escritos entre 1971 y 1974 que la autora seleccionó entre los de un libro que no llegó a su fin, y el nuevo libro, también inédito hasta ahora, *La novela de la poesía*, que da nombre a todo el volumen, cargando así de un nuevo sentido a todos los que lo anteceden. En cuanto a los ensayos, que si bien por varios motivos podrían formar parte de “la novela de la poesía” no son recogidos en este volumen, los títulos son: *El texto silencioso. Tradición y vanguardia en la poesía sudamericana* [1983], *La edad de la poesía* [1996], *Historias de amor y otros ensayos sobre poesía* [2000] y *La boca del testimonio. Lo que dice la poesía* [2006].

Como bien lo señalaron ya sus lectores y el prólogo excelente de Enrique Foffani a esta edición, sin confesionalismos ni patetismos Tamara Kamenszain

puede armar “la novela de la poesía” en este último libro porque desde el comienzo escribe textos neobarrocos-barrosos-borrosos, con la vida de la sujeta que los habitaba. Una sujeta que, sujetando la neurosis con el ritmo del verso libre o de la prosa cortada, escribe libro a libro la novela familiar de un neurótico, o, para decirlo con palabras del prólogo “habla la lengua viva de la novela familiar”. Así, se leen a través de sus textos los pasos de una mujer que se casa, es madre, se exilia, vuelve al país, sale de su casa al bar, al barrio, pierde amigos, se separa, asiste al entierro de su padre, viaja en excursión al extranjero, conoce a otros hombres, sobrevive al padre de sus hijos, asiste a la enfermedad y muerte de su madre por Alzheimer, da cursos de poesía, ensaya lecturas y escribe ensayos y poesía. Una sujeta que se llama Tamara y que se llama Kamenzain y que registra los “A ver a ver”, “ya ni sé”, “Yo no sé” de la lengua de una madre que se olvida. Paso a paso, desde la escuela hasta hoy, Kamenzain usa la experiencia para explorar el decir y la lengua: “encuentra en el golpe de la repetición –dice Adriana Kanzevolsky en el prólogo a la reciente edición de *El ghetto* y *El eco de mi madre* en San Pablo– una forma de descongelar la lengua materna e inscribir la muerte y la desmemoria de la madre en el presente del poema, mientras *El ghetto* alcanza ese presente en el cruce siempre desacralizador entre el imaginario judío y la cotidianeidad de la lengua y el imaginario argentinos.”

Pero si Kamenzain cuenta la vida sin identificación ni patetismo es, entre otras cosas, porque Kamenzain cuenta en diálogo con otras voces. Si tuviéramos que resumir su trayectoria en una frase, podríamos decir que la voz que ha construido Tamara Kamenzain a lo largo de sus libros es una de las matrices de diálogo de la poesía argentina actual. Kamenzain abre con sus poemas y ensayos un espacio de encuentro en el que ingresan las voces, de la calle, de las letras de tango, y las voces de otros escritores, y ese espacio, es obvio, implica

una elección. Entre los cercanos, los textos de Kamenszain dialogan con los de Alejandra Pizarnik, Osvaldo Lamborghini, Néstor Perlongher, Arturo Carrera o Mario Levrero. Pero no sólo con ellos. Desde los epígrafes, y también en los poemas, Kamenszain convoca al diálogo poético --a veces como evocación de charlas entre íntimos-- a las voces de críticos que se han detenido en sus poemas (Jorge Panesi, Enrique Pezzoni, Luis Chitarroni, Enrique Foffani) y de escritoras que, como ella, han transitado y testimoniado con sus obras experiencias semejantes a las que ella testimonia: el proceso de pérdida de las facultades de la memoria de un ser querido, en los casos de Diamela Eltit, Coral Bracho, Lucía Laragione y Sylvia Molloy; o la muerte y la agonía en los de César Vallejo, Osvaldo Lamborghini, Viel Temperley, Pizarnik o Perlongher. La cita, entonces, en Kamenszain, consiste no sólo en hacer lugar a la frase del otro y convocarlo como par, como escritor, como respaldo, sino en una invitación al otro y en la evocación de una forma de la intimidad en esos diálogos: “Ya no están pero evocarlos (¿te acordás lo que decía?)/llena un libro de citas” (2012, 228). Se los cita para preguntarles, para invitarlos, para evocar sus dichas (y aquí la cita incluye también a esas otras, anónimas y parlanchinas, las amigas de las mesas del bar). Se los convoca, también, para citar al lector, con esas citas que muchas veces son preguntas, para que espere con ella de ese encuentro una respuesta a los múltiples vocativos con que se cierran muchos de los poemas y de los libros de Kamenszain. “Óyeme, mi oíme”, parecen decir muchos de esos finales. Y ese “mi oíme” no menta solo a la “sujeta” de sus poemas, esa forma que ha ido forjando la desubjetivación en los sucesivos libros para acoger al yo lírico en estos poemas tan singularmente reflexivos (y el término no es aleatorio), tan autobiográficos sin ser confesionales y tan confesionales sin ser patéticos, sino que ese “mi oíme” cita al lector, a la escritora y a los escritores citados.

A todos ellos se dirigen estas preguntas. De todos ellos esperan la amorosa respuesta. Porque la cita es un compromiso, una invitación y también una urgencia. Quizá escuchar de una vez todas las preguntas de este libro nos deje leer “Lo que empieza donde termina”, la novela de la poesía. Escuchemos: *Quién es el hermano que come feliz sentado en la vereda de enfrente con los pies sucios y las manos arrugadas por el oficio de vagabundo-mendigo-contemplador... Qué pasaría si nuestros pies se aquietaran para siempre y sin embargo no muriéramos. Dónde estará lo que sigue me pregunto. Qué clase de persona soy yo. (¿Quién ve lo que está escrito? ¿Quiénes juegan? ¿Quién entra en este juego haciéndose presente?) ¿Quién por boca habla de los sueños? Decime quién sos, qué hacés, me conocés, no me dejes clavada en un bar, no me dejes clavada en un bar, no me dejes clavada en un bar, ¿te quiero? ¿Es esta, me pregunto, la caricatura del arrabal porteño? ¿Qué es para mí Domínico? ¿Qué es Quilmes? ¿Qué es Ezpeleta con sus zaguanes inundados? ¿Qué quiere decir franchutada? ¿qué pasó en mayo del 68? ¿Me entendés? ¿Qué te decía? ¿Qué es un padre? ¿Con qué escribir ahora? Digo: ¿te conozco? ¿puedo hablar de amor cuando veo a alguien? ¿y si me dice ‘nos vemos’? ¿hay descuento? ¿estamos viejos? ¿Qué pretérito me serviría si mi madre ya no me teje más? “¿Sucederá que vea extenderse el desierto hasta que también le falte la caridad feroz de los recuerdos?” se pregunta Ungaretti en El cuaderno viejo. ¿te acordás cómo se llamaban? ¿Estás por ahí? “¿nada más en el corazón sino amargas sorpresas del recuerdo en una carne exhausta?” ¿alguna novedad? ¿se escucha? ¿Y si en realidad fuera un ratón disfrazado? Quién vive, dije. Yo dije quién vive. ¿las fotos? ¿la ropa? ¿los juguetes? ¿la partida de nacimiento? ¿qué más puedo decir? ¿Ya hablé de la muerte? ¿Eso es hablar de la muerte? ¿Eso es hablar de la muerte? ¿Eso es hablar de la muerte? (¿eso es hablar de la muerte?) ¿Y si sigo? ¿Es eso hablar de la muerte? ¿Hablan del nacimiento o hablan de la muerte?*

¿Cómo hablar de la muerte entonces sin haberse muerto? ¿se entiende que no es una estupidez optimista? ¿Será una manera de hablar de la muerte? ¿una señora grande quejándose por no tener un hermanito? ¿Eso es escribir poesía? ¿Se escucha? ¿Es novela? ¿Es el protagonista igual al narrador igual al autor igual a un hombre como cualquier otro lleno de manías? ¿Eso es hablar de la muerte? ¿Y Perlongher? ¿Y Viel? ¿Y Alejandra? ¿Hablaba César Vallejo de la muerte? Ya ni sé. ¿cuentan algo? ¿Será eso hablar de la muerte? Vos sabrás...